

IV. DESPLIEGUE COMUNITARIO EN SITUACIÓN DE CATÁSTROFE.

“Catástrofe. Tanto en las obras de arte como en los sueños, la catástrofe es el símbolo de una mutación violenta, sufrida o buscada. Por su aspecto negativo que aparece con más evidencia es la destrucción, la pérdida, la separación, la ruptura, el fracaso, la muerte de una parte de sí mismo o del propio medio lo que se revela. Pero el estrépito de la catástrofe oculta su aspecto positivo que es el más importante, el de una vida nueva y diferente, una resurrección, una transformación psíquica, un cambio social, anhelados por la conciencia, salidos del inconsciente, o en vía de cumplimiento. La catástrofe engendra su contrario y revela el deseo de lo contrario: la manifestación de otro orden....

[Respecto de la catástrofe leemos en el cap. XIII del Tao Te-King:

Abraza con reverencia la desgracia.
Confronta la catástrofe con el ego.
(...) La catástrofe es inherente al ego.
Sin ego no habrá catástrofe .]”

Chevalier, Jean; “Diccionario de los Símbolos”. Ed. Herder, Barcelona, 1986.

“Uniones. ...La peculiar filosofía Japonesa de no ofrecer resistencia a las fuerzas de la naturaleza, sino doblarse a ellas momentáneamente, ser un eco de su ritmo, explica el comportamiento de las estructuras de madera durante un temblor de tierra. Uniones que se auxilian de clavos, tornillos y fuertes sustancias adhesivas, ofrecen tal resistencia en caso de temblor que se provocan grietas y hasta la ruptura de los miembros constructivos. Los carpinteros Japoneses crearon cientos de tipos de uniones cuya flexibilidad permite el libre movimiento de las partes sin llegar al desplome ni llenarse de grietas como les sucede a los edificios de hormigón armado que, al cabo de algunos temblores, muestran enormes cicatrices.

La construcción Japonesa tradicional durante un terremoto tiembla como poseída por el demonio. Emite quejidos que el idioma Japonés, muy sensible y rico en onomatopeyas, reproduce y clasifica según provenga de las columnas, vigas, postigones posteriores, tejas u otro componente de la obra. Pero al volver la calma la casa recobra su silencio y estabilidad gracias a la flexibilidad de la madera y al tipo de uniones empleadas...”

Ferreras, J. M.,

“Kodama o el espíritu del árbol -Uniones-”,

Revista Summarios, vol.II p. 75.

1. Nuestra visión del fenómeno: shock esperado. Autoevacuación colectiva.

Para presentar nuestra visión del fenómeno relataremos el modo en que vivimos como ciudadanos-profesionales estos sucesos. Consideramos que la *revisión metódica de nuestra experiencia*¹ resultó decisiva para explicarnos el reacomodamiento del servicio a la nueva situación.

“Ese día estaba camino al Juzgado, a 800 metros de los polvorines. Unos minutos antes de las 9.00 se produjo la explosión en Fábrica Militar. Lo primero que sentí fue un chasquido que me dejó aturdida. Sentí el ruido de los vidrios rotos y lo primero que vi fue un gran hongo de humo y fuego, chapas y troncos que volaban despedidos por la explosión. Cuando vi el hongo me pregunté ¿qué es? ¿Había explotado la estación de servicio que estaba en dirección del hongo? Cuando vi bien dónde estaba me di cuenta de que podían ser los polvorines, sin embargo seguía preguntándome qué era. Un conocido con quien me encontré me decía que tal vez era una garrafa. Alguien dijo que era la fábrica.

Mientras volvía en dirección a mi casa iba viendo la destrucción en las viviendas y la gente corriendo. ¿Qué había pasado con mis sobrinos que, un rato antes, estaban jugando frente a la casa de mi suegra? En su casa, en barrio Belgrano, habían resguardado a los niños en el baño, creían que era el lugar más seguro. Me pregunté qué hacer; ¿ir a la Municipalidad, avisar que me iba? Me sentí invadida, se nos habían metido en lo más íntimo de nuestras casas, nos habían invadido todos los espacios, se habían roto ventanas y puertas, las paredes estaban impregnadas de hollín... Veo pasar a obreros de la fábrica, heridos, ensangrentados, amontonados en una camioneta. ¿Qué habían hecho los militares?

Nos encontramos con mi esposo y fuimos a buscar a mi hija. A pesar de que le pedía a mi marido que nos apuráramos él seguía conduciendo con cuidado. “¡Hizo pum!” dijo mi hija de 2 años cuando nos encontramos en la casa de mi madre, en Barrio Media Luna. La alcé y busqué el

¹ “Lo que conocemos se considera generalmente el resultado de nuestra exploración del mundo real, del modo que las cosas son realmente... Cómo conocemos es un problema mucho más molesto. Para resolverlo, la mente tiene que, por decirlo así, emerger de sí misma; pues en este punto ya no tenemos nada que hacer con los hechos que en apariencia existen independientemente de nosotros en el mundo exterior”. Watzlawick, Paul (“The invented reality”, W.W. Norton, Nueva York, p.9), en Segal, Lynn, “Soñar la realidad. El constructivismo de Heinz Von Foerster”, Ed. Paidós, Barcelona, 1994.

centro de la casa para ubicarla allí y quedarme con ella. "Esto va a seguir", dijo mi madre. Aproximadamente a las 9.15 se produjo la segunda explosión. Cuando fue la tercera sentimos un zumbido y vimos un proyectil que cayó en el patio de la casa, a dos metros de donde estábamos. Entonces decidimos irnos hacia Tancacha; era una de las direcciones hacia la que podíamos alejarnos y allí teníamos gente conocida.

Mientras íbamos saliendo de Río Tercero oíamos más explosiones a nuestras espaldas. Todos conducían con cuidado. Cuando estábamos en Tancacha la onda expansiva hizo caer el cielorraso del local comercial al que llegamos. Vi que de mi familia no faltaba ninguno, pero no estaban todos los familiares de mi esposo, así que él quiso volverse a Río Tercero. Los ubicó en un campo tres horas después. Nos reencontramos todos en Tancacha a las 16 y de allí las mujeres y los niños nos dirigimos en un remisse a la Ciudad de Marcos Juárez, donde vive mi abuela."

Relato de la psicóloga del Área de Responsabilidad de Barrio Parque Monte Grande.

"Ese día en el Centro Asistencial de Barrio Monte Grande estaban esperando ser atendidas varias embarazadas. Después de la primera explosión quedamos en el Centro Asistencial la ordenanza, la odontóloga y yo. Cuando llegó el médico brindamos los primeros auxilios a una de las embarazadas que se descompuso. Al producirse la segunda gran explosión, en un primer momento buscamos un lugar para resguardarnos dentro del edificio del Centro Asistencial, pero cuando vimos las roturas de vidrios y mampostería que se iban produciendo, decidimos irnos de ese lugar, colaborando cada uno con su vehículo en el traslado de la gente que lo necesitaba hasta su casa. Yo llevé en mi auto a una embarazada. De su casa me dirigí hacia mi hogar, en dirección al centro. Los demás autos con que me encontraba iban en dirección contraria, hacia Almafuerte; tenía que ir con las luces encendidas por la tierra y el humo. Iba a baja velocidad y con las ventanillas bajas por la onda expansiva. En ese momento se produjo la tercera explosión. Cuando llegué a mi casa vi a mi familia y a los vecinos de la cuadra que estaban afuera, esperando tener noticias de otro vecino que trabajaba en Fábrica Militar. Cuando trajeron noticias de que había salido de allí bien, decidimos ir a la casa de otro compañero de trabajo que vive hacia el este de la ciudad, en Barrio San Miguel. Como el resto de los habitantes de Río Tercero estábamos alertas al color del humo y la dirección del viento, por temor a que las explosiones produjeran un escape masivo de gases químicos. Con la familia de mis compañe-

ros de trabajo nos fuimos hacia Villa Ascasubi; por el camino íbamos reconociendo a vecinos y conocidos que también se evacuaban”

Relato de la psicóloga del Área de Responsabilidad de Barrio Monte Grande.

“Esa mañana estaba en el Centro Asistencial, en Barrio I. Magnasco, atendiendo a una mujer, cuando se rompió la ventana por la primera explosión y cayeron los vidrios sobre el escritorio; la mujer me dijo: “¡Es una bomba!”. Salimos y vimos el hongo. “Son los polvorines de Fábrica Militar”, dijo la ordenanza. Mi casa quedaba en Barrio Escuela, a 500 metros de la Fábrica, y decidí irme hacia allá en mi moto. Me da cuenta de que no iba a poder llegar por la cantidad de gente que venía en dirección contraria al lugar de la explosión. De aquí me fui a la casa de mis padres; en el camino veía cómo la gente se iba, cómo algunos autos se detenían y cargaban gente que estaba a pie; escuchaba que algunos decían que había que irse a Tancacha.

Con mi familia salimos en dirección noreste de la ciudad y paramos en un campo de la zona, allí llegaba gente a pie y en bicicleta, la mayoría de Barrio Cerino. Veía también cómo pasaban camionetas cargadas con gente hacia la Escuela rural de “Campo Gioda” (ver mapa p. 13).

Cuando volvimos a la ciudad a las 13, las calles estaban vacías. Decidimos irnos a la casa de familiares que viven en Tancacha. Al entrar a esta localidad, había vecinos que orientaban los autos que venían de Río Tercero; según fuéramos al sur o al norte de esta localidad, nos decían qué lugares había disponibles para alojarse, en clubes o escuelas. Durante esas horas seguíamos lo que pasaba por las transmisiones de televisión. A la noche fui a dormir a la casa de una hermana que vive en Embalse y al día siguiente volvimos a Río Tercero, a la casa de mis padres. Cuando intenté llegar hasta mi casa ubicada en zona roja, la policía ya había cerrado el ingreso.

En los días posteriores sentí la impotencia de no poder entrar en mi casa, sentía la necesidad de las cosas que estaban allí y no las podía tener. En las primeras noches me costó dormir. No pude ingresar a mi casa hasta el jueves 9 de noviembre”.

Relato de la psicóloga de Área de Responsabilidad de Cerino y de I. Magnasco, Mitre y Los Algarrobos.

En los días posteriores supimos que estas explosiones causaron, durante esta jornada, siete víctimas fatales, numerosos heridos y destruye-

ron en forma total o parcial, según la distancia en que se encontraban, viviendas y vehículos (ver mapa p. 83).

A las 9:45 del día 3 de noviembre más de 15.000 personas nos habíamos evacuado de la ciudad sin ninguna ayuda institucional.¹

Una de las familias que residía muy cerca de los polvorines, había hecho memorizar a sus hijos la dirección de sus abuelos que vivían alejados de las fábricas; debían correr allí “cuando pasara algo” y en ese lugar se reunirían todos. Estos niños estaban en la escuela en el momento de la explosión y los llevó un auto que pasaba, a la casa de sus abuelos. La madre estaba en su casa con otro hijo menor y, a pesar de que la Escuela quedaba a tres cuadras de su hogar, fue directamente a lo de sus suegros, como habían acordado. La casa de esta familia es una de las que quedó totalmente destruida.

Relato de una mujer que vivía en Barrio Las

¹ “En su estado normal, una colonia de moho de cieno consiste en un gran número de individuos independientes, células parecidas a amebas que se alimentan de la vegetación del suelo del bosque. Estas células se multiplican a través de la simple división y de este modo se extienden, comiendo todo lo que encuentran en su camino hasta que la colonia agota la provisión de alimentos que la rodea. En este *punto crítico*, señales químicas se mueven entre las células, como ondas que se extienden, y accionan una forma de comportamiento totalmente nueva. Las células individuales ahora empiezan a congregarse y los distintos elementos de la colonia se transforman en miembros de un solo organismo multicelular.

La colonia cooperativa se parece a una babosa y empieza a extenderse por el suelo del bosque. Cuando la babosa llega a un nuevo lugar adecuado, se levanta y desarrolla una cabeza de un largo tallo. Dentro de esta cabeza se forman esporas que maduran hasta ser esparcidas, con un estallido explosivo, por el bosque. Cuando cada espora se establece, produce una célula individual de moho de cieno que empieza su proceso de alimentación, división y finalmente, de producción de una nueva colonia de células. En el futuro, las progenies de esta célula original volverán a alcanzar este punto crítico en que se agota su alimentación, se congregarán en una nueva babosa y, de este modo, volverán a empezar el proceso de la migración y dispersión.

Un moho de cieno tiene una naturaleza doble y proporciona una metáfora notable para las descripciones dobles o múltiples de la naturaleza. Por un lado puesto que la colonia está compuesta por individuos independientes, su descripción debería parecerse a una descripción reduccionista causal. Por otro lado, es un solo cuerpo cohesivo que requiere una descripción global holística. Por lo tanto, el moho de cieno demuestra como los aspectos colectivistas, individualistas, holísticos, y reduccionistas pueden existir dentro del mismo sistema”. Peat, F. David, “Sincronicidad. Puente entre mente y materia”: Ed. Kairós, Barcelona, 1995, p.82.

Violetas conocida de la Lic. S. Blatto el día 20 de noviembre de 1995.

Una señora que estaba en la Municipalidad, dice : -"Doctor, le quiero contar algo. Usted sabe que yo iba corriendo en dirección de la explosión y mi hija estaba en la escuela, voy corriendo y me agarra una mujer y me dice: -¿Dónde vas?. -Voy a la escuela a buscar a mi hija, -No vayas, dejala, ya la están salvando".

Relato de una vecina de Río Tercero al Lic. S. Bertucelli, el día 6 de noviembre de 1995.

El día de la explosión, las familias de la "red de familias sanjuaninas" en Parque Monte Grande, se quedaron todas esperando en la casa al pariente que tenía a cargo una pick-up de la empresa donde trabajaba, ellos sabían que los iban a pasar a buscar, y así es como fue pasando por cada una de las familias. Primero cargó los niños, las madres y los abuelos, los puso a salvo y después vino a buscar a los hombres de las familias.

Relato de una familia de la "red de familias sanjuaninas" a la Lic. S. Melano, el día 9 de noviembre de 1995.

Una vecina de Barrio Cerino nos relató que después de la primera explosión su hijo, de 12 años de edad, "cuando salió de la Escuela se fue corriendo al cementerio, y se refugió junto a la tumba del abuelo"(a) "Nosotros sabíamos hablar que mi papá desde el cielo nos iba a proteger siempre. Después supe que mucha gente se fue para el cementerio. Un señor vio que mi hijo estaba ahí solo y lo invitó a ir para Tancacha; fueron ahí donde iba toda la gente... no sé si era un club o una casa. En ese lugar lo reconoció un primo lejano y le dijo: "Vos vení conmigo que ya vamos a encontrar a tus padres..." Nos encontramos como a las ocho de la noche"(b).

Relato de una vecina al Lic. S. Bertucelli en el Centro Asistencial de Barrio Cerino, el 15 de noviembre de 1995(a) y a la Lic. S. Blatto, el 5 de marzo de 1997 (b).

"Cerca de las 9 se escucha una gran explosión y los vidrios y puertas del lugar y alrededores estallan. Salimos afuera y vimos el hongo en Fábrica Militar. En eso recordamos que Vicky (la esposa de un amigo nuestro que trabaja en Buenos Aires) estaba sola con sus dos hijitos pequeños en su casa, que está a 200 m. de la explosión. Ya caían algunas

esquirlas. Llegamos corriendo, Julio y yo, a donde estaba esta mujer, desesperada de miedo con sus dos niños sanos y la casa semidestruida. Nuestra presencia la tranquilizó.....” (p.13)

“Los vidrios y las puertas habían saltado y caían esquirlas. Hace muchos años hubo una explosión en planta de carga y cayeron esquirlas¹, siendo yo joven, y mi marido me dijo aquella vez: “si escuchás una explosión, corré y no vuelvas”; pero ahora soy vieja (70 años) y no puedo correr. Salí lo mismo y me apuré lo más que pude pero quería ver a mi hijo y a mis nietos que viven más cerca del tejido (límite de Fábrica Militar)..... “ (p. 27)

“Salimos a la calle General Roca (Barrio Escuela) que corre hacia los polvorines y vemos un gran éxodo a favor y otro en contra de las explosiones” (p. 37)

“El viernes 3 de noviembre a las 8.45, mientras los niños oraban a orillas del Río Santa Rosa con otras maestras -los niños de la Escuela Parroquial “Quinto Centenario”, de Santa Rosa de Calamuchita²-, en la cocina, una mamá, la maestra de inglés y yo -también maestra de estos niños y habitante de Río Tercero - conversábamos sobre las fábricas que hay en Río Tercero. Ellos me preguntaban cómo hacíamos para vivir allí con la gran contaminación ambiental producida por Petroquímica y Atanor; de la Fábrica Militar yo creo que no hablamos. Recuerdo muy bien la hora, porque tengo grabado en mi mente el reloj colgado en la pared que estaba frente a mí. A las 9.05 hs. aproximadamente me dispongo a encender la radio, quizás para escuchar algo de música, cuando entra el papá de dos de los niños que llevamos y me dice que habían explotado los polvorines de la Fábrica Militar Río Tercero...”.(p. 68)

Del libro de Gabriel Coria: “Cola del Diablo, Mano de Dios”, Ed. Lerner, Córdoba, 1996.

Mucha gente nos dijo que sabía de toda la vida que “si pasaba algo teníamos que correr para aquel lado, para el lado de Tancacha... nuestros padres ya lo sabían”.

En las localidades vecinas de Tancacha, Almafuerte, Villa Ascasubi, Corralito, Los Cóndores, Embalse, Gral. Fotheringam, Hernando, Des-

¹ Esta explosión en Fábrica Militar se produjo durante la noche del 30 de septiembre de 1957 (Tribuna, 11-11-95, “...El anuncio de la tragedia”.)

² Las aclaraciones entre guiones son nuestras.

peñaderos (ver mapa p. 13), los vecinos abrían las puertas de sus casas para quienes llegábamos buscando refugio.

Este fue un movimiento colectivo realizado con una altísima velocidad y precisión. A pesar de ello muchos medios de comunicación apoyados en profesionales “especialistas en catástrofes”, difundían el mensaje de que la evacuación había sido “en estado de pánico”, que “no hubo solidaridad”, y que “estaban las redes rotas”. Este mensaje llegaba masiva e insistentemente sobre la población afectada.

“El viernes 3 de noviembre, tres horas después de la primera explosión, dejé mi bicicleta frente a la Municipalidad, cuando fui allí para retomar mi trabajo. Al día siguiente cuando volví de Embalse, la fui a buscar y no estaba. Unos días después, cuando llego a mi casa, me llama mi vecino y me muestra mi bicicleta, que la tenía guardada. Un policía de tránsito la había encontrado en la Escuela Modesto Acuña, que queda a una cuadra de la Municipalidad, cuando vio que la bicicleta tenía grabado el número de serie, fue a la fábrica, que está en Río Tercero; allí buscaron en el archivo y encontraron mi nombre y dirección. Entonces la traje hasta mi casa y como yo no estaba -en esos días estábamos trabajando en Embalse- le pedí a mi vecino que la cuidara, hasta que yo volviera. ¿Redes rotas?”.

Relato del trabajador social del Área de Responsabilidad de los Barrios I. Magnasco, Mitre y Los Algarrobos.

Como ya lo habíamos visto en el estudio exploratorio, *la población estaba en alerta ante la posibilidad de una catástrofe como respuesta a la agresión del medio ambiente fabril* (ver capítulo I.2.a)¹. Nos habíamos acoplado a formas de autoevacuación familiares y vecinales, antes del fenómeno, y ahora, participando de esta autoevacuación colectiva, reafirmamos nuestra percepción. Posicionados en organizaciones en red²

¹ El mismo diario “La Voz del Interior” también reflejó, en su titular, este sentimiento transmitido por los vecinos de Río Tercero: “Desastre en Río Tercero/ Gran parte de la ciudad sufrió un intenso bombardeo tras el primer estallido. La tragedia tan temida. Nosotros sabíamos que un día iba a explotar todo... La temida tragedia se había hecho presente. Frase repetida en los barrios aledaños a la Fábrica Militar de Río Tercero” (“La Voz del Interior”, sábado 4 de noviembre de 1995, p.22A).

² “Posicionar a las organizaciones de salud como “organizaciones en red” que se van configurando en coevolución con la calidad del problema a resolver y por acuerdos sucesi-

y en Equipos Primarios de Salud¹, hablamos de “shock esperado” y que la autoevacuación no se hizo de cualquier manera, no fue una evacuación caótica en estado de pánico² aunque hubo casos de pánico. *Se desplegaron ensayos y formas de cooperación propias para resguardarse de este peligro* que intentamos reflejar en estos relatos, los cuales nos fueron dando claves para ir reajustando nuestras intervenciones.

Nuestra visión del fenómeno fue confirmada con gran satisfacción para nosotros, el día 8 de noviembre de 1996 en el “Primer Congreso de Defensa Civil para Grandes Ciudades”, organizado por la Municipalidad de Córdoba, al cual asistimos. Después de escuchar la exposición del Lic. S. Bertucelli sobre esta visión comunitaria del fenómeno, el Director de Defensa Civil de la Provincia de Córdoba, expresó:

“Usted sabe que acaba de responder a mi gran interrogante, porque yo no estuve en el lugar del hecho, estábamos haciendo el apoyo desde la repartición; lo que me sorprendía era que a pocas horas de haber ocurrido esto, estábamos recibiendo fax con listas interminables de gente evacuada en distintos lugares, y esto sonaba raro; porque alguna experiencia en emergencia y en evacuación he adquirido a través del tiempo, de los años y a través de las circunstancias que me han tocado vivir, y es difícil entender cómo semejante cantidad de seres humanos se habían desplazado a tantos kilómetros, a las pocas horas; entonces dije: “Acá hay una mentira”. no puede ser, ¿cómo hicieron para “disparar” tan rápido, para cargar a todos... ? Y usted me acaba de dar la respuesta, lo cual me tranquiliza mucho. Nosotros recibíamos llamados de todos los lugares del país, de todas las provincias, y nos han llamado del exterior, de Colombia, Espa-

vos con los involucrados, desde el problema y por consensos, es la tendencia que imponen nuevas y más eficaces formas de gerencia local”. Bertucelli, S., Informe de la consultoría OPS/OMS, Perú-Ecuador, “Proyecto Fronteras Saludables”, marzo de 1996.

¹ “Dentro de la concepción de organizaciones en red, los Equipos Primarios de Salud, son unidades de impacto transdisciplinarias, intersectoriales, que se autoconvocan de acuerdo con la característica del problema a resolver, con modalidades rotativas de poder, que coevoluciona con la movilidad del problema social y se disuelven una vez operados los cambios deseados”. Ídem llamada 2, p. 95.

² Esta percepción comunitaria del problema contrastaba con las visiones externas que hablaban de pánico colectivo, aprendizajes interrumpidos, redes rotas, stress postraumático colectivo, etc.. Estas prácticas constituyen, sin proponérselo, tácticas compulsivas de marketing directo. Además, desde diagnósticos cartesianos rígidos y restrictivos, tienen graves dificultades para ver y operar desde modalidades de búsqueda de salud que el protagonista ensaya ante sus ojos.

ña, Francia, Italia, Chile...; y había un dato muy curioso: usted sabe, casi ninguna consulta para ver si su familiar estaba involucrado en el desastre, pertenecía a una familia que viviera en esa zona -del "Área Roja"¹-; era muy raro evacuar una consulta de éstas; como usted dice, era toda una comunidad que estaba organizada y sabía lo que tenía que hacer y que hasta sus familiares sabían que ellos estaban preparados para eso". Cuenta el Jefe de Defensa Civil, que cuando "algunos medios comenzaron a decir que todo estaba arrasado"², empezaron a recibir más llamados de familiares que preguntaban por gente que no vivía en el "Área Roja".

2. Intervenciones durante el pasaje de las poblaciones de responsabilidad por los centros de evacuación.

A través del siguiente relato queremos presentar cómo uno de nosotros, el que vivía más alejado del lugar de la explosión, después de resguardarse con su familia y recibir en su casa a parientes y conocidos que se alejaban de las fábricas, va retomando, ahora como profesional-ciudadano, su trabajo con la población.

"En el momento de las explosiones yo estaba con mi hijo en mi casa, que queda en Barrio San Miguel, a 3000 metros aproximadamente de Fábrica Militar. Cuando sentimos la primera explosión pensé que era una garrafa; después vi el enorme hongo de fuego de la segunda explosión, en dirección a las fábricas. Mi esposa -la trabajadora social del Área de Barrio Cerino- se vino corriendo de la Municipalidad. Estábamos pendientes del color del humo y la dirección del viento. Con la familia de una compañera de trabajo y con otros conocidos que habían llegado aquí, de-

¹ La aclaración es nuestra. Consideramos como "Área Roja" el área definida por Defensa Civil de la Municipalidad de Río Tercero para orientar durante los días 3, 4, 5 y 6 de noviembre qué poblaciones podían regresar a Río Tercero desde donde se encontraran evacuadas (ver mapa p. 103).

² Con posterioridad a las explosiones, cuando ya algunas familias evacuadas retornaban a la ciudad, un canal de TV por cable de la Capital Federal informó que se estaban produciendo nuevas explosiones en Fábrica Militar, con lo cual contribuía a una nueva e innecesaria autoevacuación. El canal local de video-cable cortó, hasta el día de hoy, la transmisión con ese canal.

cidimos irnos hacia Villa Ascasubi, donde vivía una tía nuestra. Yo los acompañé hasta la ruta y regresé a mi casa donde me encontré con otros conocidos y parientes. A las 12 me fui en bicicleta a la Municipalidad.

Allí me encuentro con un funcionario de Defensa Civil y fuimos en su auto a Barrio Cerino. Las calles estaban “sembradas” de proyectiles y esquilas; casi no quedaba gente en el barrio. En el Centro Asistencial las puertas estaban dobladas, los vidrios rotos, las paredes resquebrajadas, los armarios caídos. Cerramos la hornalla de la cocina y la llave de la garrafa. Al salir, cuando estábamos atando la puerta con un alambre, se asomó un vecino. Le pedimos que vigilara la “salita” porque la puerta no se podía cerrar. Nos hizo un gesto como diciendo que ya sabía y que la estaba cuidando.

Le dije al funcionario de Defensa Civil que me llevara donde él creyera que podía ser útil. Fuimos hasta la “Escuela Gregoria Ignacia Pérez” Allí estaba colaborando la enfermera del barrio en que yo trabajaba. Había estado con el pediatra del equipo de nuestra área ayudando a evacuar gente del “Área Roja”: ancianos de un geriátrico y bebés de una clínica pediátrica. Como ya no quedaba gente para ayudar a evacuar, el personal de emergencia médica que estaba allí, venidos de muchos lugares de la provincia, no sabía qué hacer. Les propusimos recorrer los lugares por los que se estaba evacuando la gente: la enfermera había visto gente bajo el sol, necesitada de agua, otros que no se podían mover por sus medios. Fuimos con una ambulancia hacia Monte Grande y a la ruta que va hacia Almafuerde. Allí encontramos a una embarazada y su marido que necesitaban ser trasladados; ya de vuelta hacia la escuela encontramos a ancianos de un geriátrico que estaban bajo la sombra de unos árboles y nos piden que los traslademos a otro lugar.

Defensa Civil nos dijo que lleváramos a los ancianos a la Escuela de Barrio Panamericano, que se había habilitado como centro de evacuación. Me quedé trabajando allí, atendiendo las necesidades que iban apareciendo: agua, hielo, leche. Con una colega, nativa de Río Tercero que se vino de Córdoba donde trabaja, confeccionamos las listas de la gente que iba llegando durante toda esa tarde y hasta la noche; creo que unas 400 personas, la mayoría de Barrio Cerino. Otro lugar al que supimos que estaba yendo gente era el Aeroclub, ubicado también cerca de la ruta de salida hacia Villa Ascasubi. Llegada la noche, Defensa Civil decidió que quienes estaban evacuados en estos lugares se trasladaran a la Unidad Turística de Embalse - “los hoteles” -, distante 30 kilómetros al oeste de la ciudad (ver mapa p. 13). En ese momento colaboramos en la organización de la salida de la gente en colectivos hacia ese lugar.

En la mañana del día siguiente, 4 de noviembre, llegué a la Municipalidad de Embalse y me puse a disposición de sus autoridades. Lo primero que me pidieron fue que les ayudara a hacer las listas de la gente que iba llegando; ellos tenían la función de autorizar el ingreso de la gente a “los hoteles”. Desde la sede de la Municipalidad se distribuía también la comida, recibida en donaciones, a las familias de Embalse que tenían alojados en sus casas a vecinos de Río Tercero. Cuando la comida se acababa, íbamos a Río Tercero a buscar más. Durante estos viajes me fui reencontrando con los demás compañeros de trabajo, psicólogos y trabajadores sociales.

Con ellos a la tarde fuimos a “los hoteles”. Lo primero que nos pidieron fue que trajéramos hielo, así que volvimos a Embalse a buscarlo con un empleado de esa Municipalidad. De vuelta, vimos cómo estaba distribuida la gente en cada hotel y quiénes eran los encargados de cada uno: empleados municipales, voluntarios y bomberos de esa localidad y un joven de Barrio Cerino. Esa tarde nos había acompañado otra psicóloga de Río Tercero; “acá no hay nada que hacer”, nos dijo, y se volvió. Nosotros vimos que la gente estaba ubicada en “los hoteles” según sus barrios de procedencia y nos dividimos según el Área de Responsabilidad de cada uno. La trabajadora social de Barrio Cerino se volvió para colaborar en la reorganización de los servicios de salud municipales en Río Tercero, y en particular el de su área, para cuando volviera la gente.

De ese modo nos fuimos reencontrando con la población con la que veníamos trabajando¹.

Relato del trabajador social del Área de Responsabilidad de los Barrios I Magnasco, Mitre y Los Algarrobos.

El movimiento de autoevacuación, nuestro y de la población, el proceso en que nos íbamos reacomodando cada uno y con su familia, la organización institucional de la atención y la relación previa con la población de las Áreas de Responsabilidad, nos fueron determinando en qué momento intervenir, dónde entrar y cómo entrar, hasta posicionarnos desde el centro de evacuados².

¹ En reflexiones posteriores advertimos que sin reunirnos antes a deliberar qué haríamos, progresivamente, de acuerdo a cómo vivimos el impacto de la catástrofe, fuimos reconectándonos cada uno con la población de su Área de Responsabilidad.

² Entendemos que se marca aquí una sensible diferencia con otras intervenciones que fueron llegando a posteriori de la catástrofe a estos centros de evacuados.

Cuando llegó la psicóloga del Área de Barrio Monte Grande al hotel donde estaba alojada la población de este barrio, lo primero que hizo fue presentarse a la enfermera de la Municipalidad de Embalse que tenía a su cargo la coordinación de la atención en el mismo. Nuestro reencuentro con esta población se dio cuando un adolescente, con quien ya teníamos una relación de confianza previa, “nos capta” y nos lleva a recorrer el hotel para ir viendo a las familias del barrio.

A partir del reencuentro con la gente fuimos tomando contacto con las distintas demandas de recursos para cubrir necesidades básicas (leche, pañales, medicamentos, agua, hielo, ropa). Para que las familias que estaban en “los hoteles” pudieran reencontrarse con sus conocidos o saber dónde estaban, colaboramos en la confección de las listas de los alojados allí, las cuales se entregaban a Defensa Civil y se difundían a través de los medios de comunicación masivos de Río Tercero, principalmente por las emisoras de radio.

Al compartir con los vecinos los relatos de cómo nos habíamos auto-evacuado “la gente nos puso nuevamente en camino” para continuar el trabajo que veníamos haciendo desde la puesta en marcha de la APS.

En el Área de Barrio Monte Grande, desde varias semanas antes de las explosiones estábamos trabajando articulándonos a un sistema de apoyo familiar para un niño con problemas de aprendizaje que involucraba en la contención y el seguimiento a su propia familia, parientes y maestros. Para el día en que se produjeron las explosiones estaba planificada una nueva visita domiciliaria donde nos habíamos comprometido a asistir todos para evaluar el trabajo realizado en la semana anterior. Cuando la psicóloga pasó el 3 de noviembre cerca de la casa de esta familia, pensó que no podría asistir a la reunión acordada. El sábado, un día después de la catástrofe, cuando ella llega al hotel se encuentra con la familia del niño y ésta le cuenta con preocupación: “Usted sabe que no la pudimos esperar. .”

La enfermera que estaba a cargo de la atención en este hotel nos contó que en la mañana del 5 de noviembre, les había pedido a los miembros de una institución de psicólogos sociales de Capital Federal, que se retiraran del hotel porque “la gente estaba tranquila hasta que ellos llega-

ron”¹ Un profesional de esta institución, cuando uno de nosotros se detuvo frente a él observando su distintivo, le dijo, poniéndole la mano en el hombro: “Quedate tranquila, ya estamos aquí”.

El asesor-coordinador del plan de APS, después de tomar contacto con los equipos de las Áreas de Responsabilidad y confirmar los primeros relatos de autoevacuación colectiva, intentó, sin lograrlo, durante seis meses posteriores a la catástrofe, neutralizar la ofensiva de victimización y psicopatologización masiva de la población. La tarea fue a través de los medios de comunicación masivos, de reuniones en Río Tercero y de jornadas científicas en la Ciudad de Córdoba, ya que desde esta ciudad se lanzaban profesionales, desde instituciones públicas y centros de formación, en forma masiva y descoordinada hacia Río Tercero.

Expresa Louise K. Comfort²:

“El hecho que llama la atención es que las distintas estrategias y concepciones de ayuda para desastres utilizadas por las organizaciones que intervienen en las operaciones de respuestas y recuperación tienden a producir resultados que difieren significativamente entre los grupos que pretenden ayudar. Más aún, cuando dichas organizaciones operan sin una comunicación sistemática o sin coordinación eficaz con otros grupos en sus actividades asistenciales, pueden producir dentro de la comunidad una situación significativamente peor que la que había antes del desastre. En cambio, cuando las organizaciones diseñan sus programas de ayuda haciendo uso de la comunicación sistemática entre los grupos participantes, pueden incorporar a la comunidad a actividades de recuperación y reconstrucción, dejándola en una situación significativamente mejor que la que tenían antes del desastre”.

¹ Estas instituciones y otras que iban llegando, empezaron a trabajar con la gente formando previamente grupos desde las categorías genéricas y vulnerabilizantes de pacientes en crisis, evacuados, víctimas de catástrofes. Lo que se logra como consecuencia de estas intervenciones, aunque no se lo reconozca, es retener a la gente en los centros de evacuación; siendo más determinante el tiempo de las intervenciones profesionales previamente pautadas, que el tiempo de la gente.

² Comfort, Louise K., “La crisis como oportunidad: el diseño de redes de acción organizativa en situaciones de desastres” Del libro: “DESASTRES: Consecuencias Psicosociales de los Desastres: La experiencia Latinoamericana”. Serie de monografías clínicas N. 2, 1989, p. 170.